

La fundación del Instituto

H. Javier Marquinez

Del libro *El Hermano Javier. La fidelidad constante*

El domingo 30 de septiembre de 1821, muy de mañana, toman la bajada de la Butte que les conduce a las orillas del Saona. Caseríos y huertas con los últimos frutos del verano. Olor a tomillo y a romero para despertar los sentidos y prepararlos para otras sensaciones más extremas. Llegando al río, las primeras casas de Lyon, los pequeños puertos con barcos de pescadores, el puente de San Vicente, crac, crac crac, madera vieja, desprendida en algunos lugares, como si fuera de la condición humana que queda a la intemperie. La iglesia de San Pablo, brazo escogido, espejo de todos los electos. Enseguida, el ascenso a Fourvière, domingo con sabor a María, caminos de tierra asentada por tantos que suben a *la colina que reza*.

Once hombres jóvenes, pasos presurosos a pesar de la pendiente, respiración entrecortada, todos juntos, Mélinond, el de los pies torcidos, se queda atrás, pero nunca solo, y un momento de reposo a la puerta de la iglesia.

“Vamos”, dice Coindre a su pequeño ejército, y entran en la iglesia casi desierta a esas horas de la mañana. Algunas mujeres viejas se sorprenden ante la nueva pujanza de la fe. ¡Dios os bendiga! Coindre se reviste para decir la misa. Los jóvenes son conscientes de que, junto al sacrificio del altar, están depositando la ofrenda de su propia vida. Nuevas personas para Dios, que acaban de nacer con un nuevo nombre de recién bautizados. Guillaume Arnaud es el Hermano Javier. Guillet, el mayor de todos, es el Hermano Borgia. Antoine Dufour, 33 años, propietario de una fábrica de cordones, es el Hermano Ignace. Otro de los recién llegados, como el anterior, François Rimoux, es el Hermano Augustin. Y por último, los dos que ya estaban en el Piadoso Socorro antes de que llegaran los de Valbenoîte: Claude Mélinond, el joven institutor con problemas de movilidad en los pies, será el Hermano François, y el maestro de escuela que desea una educación universal y eterna, el Hermano Paul.

Nuestro Hermano Javier medita sobre el nombre que el Padre Coindre ha pensado para él. El del santo español de la región agreste y fértil de Navarra, el joven soñador algo pendenciero, estudiante descreído que se encontró con Ignacio y se le desencajaron las cuadernas de su mundo. Entendió que la obra que le habían encargado era universal y que su nueva patria abarcaba los cinco continentes. Javier, el navarro, recorrió todo el mundo para salvar su alma. Javier, el tejedor, recorre también los cinco continentes de la educación de los jóvenes sin moverse durante treinta años del Piadoso Socorro de Lyon, lugar que el Padre Coindre le había encomendado guardar para perpetuar su obra y la obra de Dios, la casa madre de aquella pequeña congregación que estaba naciendo.

Durante la acción de gracias, después de la comunión, Javier y sus compañeros se comprometen con votos privados de castidad, pobreza y obediencia para tres años, de acuerdo a una fórmula que ya habían ensayado previamente durante los ejercicios. De la misma forma que la rosa espera el sol de primavera para mostrar todo su esplendor, esos jóvenes llegan ahora a la plenitud de sus vidas, hermosas y sublimes a los ojos de Dios y escondidas de las obras de los hombres. En el silencio de la iglesia de Fourvière se eleva al cielo el *Salve Regina* con el que acaba la misa, cantado tan dulcemente que parece resonar entre las sencillas bóvedas, repitiendo en un incansable juego

de de espejos sonoros, *Salve, Regina, Mater, Vita, Spes*, el nombre de la bella flor que siempre habrán de invocar durante sus vidas.

A la salida de la iglesia, la vista de la ciudad que se despierta, los dos ríos, las calles tortuosas, los magníficos puentes, la llanura, el comienzo de la Dauphiné y a lo lejos la masa rosada del Montblanc y la cadena de los Alpes. Esta es la tierra de misión que han elegido, la observan desde la altura y sueñan con una evangelización universal que va a comenzar desde allí mismo.

Descienden de nuevo hacia el Saona con la misma rapidez y mayor alegría con la que han subido un par de horas antes. El corto pero exigente ascenso de la Butte pasa como un suspiro, deseando llegar a su casa, al Piadoso Socorro. El desayuno es de pan tierno, sonrisas y bromas. El resto del día está dedicado a la convivencia y la amistad, lleno de pequeños detalles que en su levedad indican que allí está naciendo algo grande.